

MARTINA.

¡Qué! no señor. . . . ahora mismo subirá doña Damiana una botella.

D. CÓMODO.

¡Una botella! . . . buena provisión, por cierto. . . . dile que suba siquiera media docena.

MARTINA.

Como es vino generoso. . . .

D. CÓMODO.

Por eso cabalmente. . . . cuanto mejor es el vino más se bebe. . . . anda, anda.

MARTINA.

¿No quiere usted que le enseñe antes el camino?

D. CÓMODO.

¿Para qué? . . . quien tiene gran apetito, pronto olfatea el comedor. . . . pero ¿qué ropa es esta?

MARTINA.

La bata del amo y su gorro que tenemos á prevención para cuando. . . .

D. CÓMODO.

Prudentísima prevención.

MARTINA.

¡Qué hace usted!

D. CÓMODO.

¿Qué hago? enjaretarme la bata, calarme el gorro, y marcharme tras la sopa de cangrejos.

MARTINA.

Señor, señor. . . . Vaya, está visto; este hombre ni escucha á nadie, ni repara en nada.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DOÑA DAMIANA *sola*.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Jesús qué hombre tan temerario! Preciso es que sea lo que asegura, porque si no. . . . Voy, voy por las botellas de Alicante; no se enfade si le hago esperar y volvamos, á las andadas. . . . con todo, seis botellas de una vez me parecen demasiadas. . . . sí, lo son con efecto. . . . ¡terrible sangría lleva de esta hecha la pobre barrica, terrible! . . . No me acuerdo de otra semejante, como no se cuente la de la función del Cristo; pero aquello era otra cosa, se

trataba de alabar á Dios, y mi amo era el Mayor-domo, y cada cofrade tuvo su botella y su rosca...no es extraño que entonces....

ESCENA II.

D. FRUTOS y *dicha*.

Santos y buenos días señora doña Damiana.

D.^{ca} DAMIANA.

Muy bien venido, señor don Frutos, y á fe mía que no pudo usted llegar nunca á mejor ocasión.

D. FRUTOS.

¡Ojalá ¿pues en qué puedo yo servir á usted?

D.^{ca} DAMIANA.

En mucho ciertamente, en mucho: no sabe usted bien el apuro en que me veo, el desorden que reina en esta casa, la confusión, el compromiso.

D. FRUTOS.

Pues qué, ¿acaso hubo alguna quimera entre los criados?

D.^{ca} DAMIANA.

Eso fuera una bagatela.

D. FRUTOS.

Algún robillo ó ratería, ¿eh?

D.^{ca} DAMIANA.

Cien veces peor.

D. FRUTOS.

Oiga, ¿ha sido robo de consecuencia?

D.^{ca} DAMIANA.

Ojalá me hubieran dejado sin camisa, con tal que...pero por desgracia no me han robado ni un dinés tan siquiera.

D. FRUTOS.

¿Pues qué diablos ha sucedido? ¿fué incendio, muerte, asesinato, conjuración, temblor de tierra, aparición de alma en pena, duende, aviso del cielo ó....?

D.^{ca} DAMIANA.

Nada de eso, nada absolutamente; que no me asusto yo por tan poca cosa; pero sepa usted que ha llegado un amigo íntimo de mi amo.

D. FRUTOS.

Y bien ¿qué ha hecho ese amigo íntimo?

D.^{ca} DAMIANA.

Apoderarse por asalto de cuanto tenemos. Disponer de todo, mandar, gritar, despedirme, ponerse la bata de don Vicente, y....

D. FRUTOS.

¡La bata!

D.^{ca} DAMIANA.

Si señor, la bata de florones y el gorro de coruña abatistada.

D. FRUTOS.

¡También el gorro de coruña abatistada! pues dígole á usted que es un sacrilegio.

D.^a DAMIANA.

¡Se ríe usted! medrados estamos por cierto, cuando yo creía que....

D. FRUTOS.

¡Pero, mujer de Dios! ¿qué importa que un amigo de don Vicente se ponga su bata y su gorro? será sin duda algun loco de buen humor que no gusta de etiquetas....

D.^a DAMIANA.

Loco ó no loco, lo seguro es que en este mismo momento se come cuanto había dispuesto para los amos y para usted, si es que los acompañaba según costumbre.

D. FRUTOS.

¿Qué dice usted?

D.^a DAMIANA.

Que ha hecho poner la mesa y se ha sentado á ella, sin cuidarse de los que están en ayunas.

D. FRUTOS.

¡Habrà insolencia igual! conquese sin esperar á nadie....

D.^a DAMIANA.

Sí, bonito es tal sugeto para andarse con esperas....y primero que se dispone otra comida, ya....ya....

DON FRUTOS.

Doña Damiana, ese hombre es un pícaro, no lo dude usted.

D.^a DAMIANA.

Sí lo será, por mí no hay ningún inconveniente en que lo sea.

D. FRUTOS.

¡Un grosero! ¡un malcriado! y yo le diré en cuanto le vea cuatro razones bien dichas, y si fuere preciso le agarraré por un brazo, y....

ESCENA III.

DON COMODO y Dichos.

Don Cómodo con la servilleta puesta.

D. CÓMODO.

Señora, usted ha olvidado sin duda que cuando se come es indispensable beber, y no me parece justo que yo me atragante porque usted tenga una memoria tan flaca.

D.^a DAMIANA.

Olvidarme, no por cierto; pero....el caso es que no encuentro la llave de la bodega y..quizá se la habrá llevado el amo, porque es tan escrupuloso y tan delicado en esto de bodegas que.... no se fía de nadie, y....siempre la tiene tan arregladita, tan limpia como si fuese un oratorio. Señor don Frutos, éste es el susodicho. *Aparte.*

D. FRUTOS.

Ya lo he conocido. *Aparte.*

D. CÓMODO.

Con que en resumidas cuentas, la llave no parece.

D.^{ca} DAMIANA.

No señor, y lo siento tanto....

D. CÓMODO.

Pues mire usted; yo no lo siento nada; porque mientras haya en el mundo cerrajeros, nada importa que se pierdan llaves: ahora verá usted como Francisco me busca uno y salimos pronto del paso.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Un cerrajero! dígame usted algo, por la Virgen.
A D. Frutos. Aparte.

DON FRUTOS.

Le diré, pierda usted cuidado. *Aparte.*

D.^{ca} DAMIANA.

Es que si usted se tarda, nos echa la casa abajo. *Aparte.*

D. CÓMODO.

¡Pero calla! ¿no es un manojito de llaves lo que tiene usted colgado del faldellín?

D.^{ca} DAMIANA.

Sí señor, son las de los armarios, la de la despensa, y en fin de toda la casa.

D. CÓMODO.

¿Y no hay ninguna que venga bien á la bodega?

D.^{ca} DAMIANA.

Ninguna.

D. CÓMODO.

¡Bah! es imposible, démelas usted y pronto encontraré la que se busca.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Ay don Frutos! que me quita este hombre el manojito.

D. FRUTOS.

Permita usted caballero que le observe....

D. CÓMODO.

¿Se le ofrece á usted alguna cosa?

D. FRUTOS.

A mí.... nada, pero soy un amigo de la casa y....

D. CÓMODO.

¿De la casa, ó del amo?

D. FRUTOS.

Quiero decir que soy un amigo de don Vicente....

D. CÓMODO.

Acabara usted de hablar; ¿amigo de don Vicente?

D. FRUTOS.

Sí señor, y por lo mismo....

D. CÓMODO.

Lo es usted mío, no le quede á usted duda; por-

que yo soy siempre amigo de los amigos de mis amigos.

D. FRUTOS.

Muchas gracias, pero....

D. CÓMODO.

Así, abráceme usted.

D. FRUTOS.

Quisiera antes....

D. CÓMODO.

Abrácame usted, ó no le dejo hablar.

D. FRUTOS.

Vaya en gracia.

D. CÓMODO.

¿Ha comido usted?

D. FRUTOS.

No señor, esperaba á don Vicente....

D. CÓMODO.

Llega usted todavía á tiempo; comerá usted conmigo.

D. FRUTOS.

Agradezco su atención de usted, mas....

D. CÓMODO.

No tenga usted cortedad: la mesa sufre ancas y.... váyase usted al comedor y que le pongan un cubierto.

D. FRUTOS.

Iré, sí señor, iré luego que le diga á usted....

D. CÓMODO.

Váyase usted y no replique; eá los postres hablaremos cuanto usted quiera.

D.^a DAMIANA.

Válgate Dios, don Frutos, ¿también se va usted á comer?

D. FRUTOS.

Qué he de hacer, si el señor tiene unos moJales tan finos, que....

D. CÓMODO.

Por aquí se va al comedor, y por aquí al portal, y naturalmente á la bodega; con que así suplico á ustedes....

D.^a DAMIANA.

Ya vamos.

D. CÓMODO.

Bravísimo: ¡Viva la gente complacientel

ESCENA IV.

DON COMODO *solo.*

D. CÓMODO.

Es preciso confesar que me ha dado Dios un desparpajo, un carácter tan decidido que encanta. Todo me lo encuentro hecho.... pero ahora que me acuerdo, no sería malo que mientras se suben las benditas botellas, escribiese yo cuatro letras á mi apoderado de Valencia para que me envíe

el resto de mi equipaje: ¡divino pensamiento! ¿si habrá por aquí papel y tintero?... veamos si lo encuentro sobre la mesa.... ya pareció el tintero; pero falta lo más interesante.... ¿qué libro será este? Rimas.... ¡malvadas rimas! cómo me perseguís.... con ellas sucede lo que con las glorias de la pastelería, y es que á favor del sobrescrito se les tiene que pasar la bazofia.... si arrancara esta hoja que tienen en blanco podría escribir, y.... ¡quizá sea lo mejor que tenga el libro!....pero no importa, primero soy yo que su autor; así arranquémosla y escribamos.

ESCENA V.

D. VICENTE, DOÑA JUANITA y *dicho*.

D. VICENTE.

¿Has visto en toda tu vida cosa más rara? ni haber salido al camino, ni esperarnos en la escalera, ni....vaya, repito que no sé á qué atribuir semejante descuido.

DOÑA JUANITA.

Quien sabe si doña Damiana habrá recibido la carta que le escribió usted ayer desde Valencia.

D. VICENTE.

¿Qué quieres que hiciera el propio con ella, si no entregársela?

DOÑA JUANITA.

Puede también haberla recibido, esperarnos, y

no habernos sentido llegar.... Acuérdesse usted que hemos tenido que dejar la tartana á la entrada del pueblo; por que aquellos malditos carros se atravesaron y nos interceptaron el paso.

D. VICENTE.

Sí, pero eso no quita....

D.^{ca} JUANITA.

Usted tiene el genio tan vivo que no quiso aguardar á que desfilasen; y se apeó, aunque estaba lloviendo; y me mandó que hiciera yo otro tanto, y....

D. VICENTE.

Nada de cuanto dices los disculpa: que el propio se haya ahogado al vadear el río, que la carta se perdiese, ó que todos estén sordos en esta casa, ¿se opone acaso, para que cuiden de ella y no tengan sus puertas abiertas de par en par? Luego, ¿á qué viene este silencio, esta soledad?

D.^{ca} JUANITA.

Como hace tanto calor, y es la hora más á propósito para dormir la siesta.

D. VICENTE.

¡Qué siesta ni qué demonios! que la duerman en hora buena los seres privilegiados, los canónigos, los maestrantes; pero no los criados que esperan á sus amos.

D.^{ca} JUANITA.

A veces.... ¡mas ay Dios! papá, ¿no repara usted en aquél hombre?

D. VICENTE.

¿Qué hombre?

D.^{ca} JUANITA.

Aquel que está sentado allí, escribe no sé qué cosa.

D. VICENTE.

Es verdad.

D.^{ca} JUANITA.

¿No es su bata de usted la que tiene puesta?

D. VICENTE.

Sí, y también mi gorro.

D.^{ca} JUANITA.

Si será algún ladrón.

D. VICENTE.

Habla bajo.

D.^{ca} JUANITA.

No, pues él no tiene trazas de ser nada bueno.

D. VICENTE.

¿Si pudiéramos salir del cuarto sin que nos sintiese?... .

D. CÓMODO.

Pues, señor, no hay oblea, fuerza será que la carta vaya abierta; porque el tiempo urge y no lo puedo desperdiciar.

D.^{ca} JUANITA.

Ladrón es, papá, no le quede á usted duda, pues trata de aprovechar el tiempo.

D. VICENTE.

¡Pero, hija, ladrón á estas horas, y en el reino de Valencia! parece imposible.

D.^{ca} JUANITA.

Toma, lo mismo que á las doce de la noche, y en el monte de Torosos.

D. CÓMODO.

Ya está puesto el sobre, busquemos ahora quien...

D.^{ca} JUANITA.

¡Virgen santa, que se acerca á nosotros!

D. CÓMODO.

Oiga usted, buen amigo, hágame usted el favor de llevarme esta carta al correo.

D. VICENTE.

¡Yo!

D. CÓMODO.

Usted, sí señor, y no se le caerá por eso la venera.

D. VICENTE.

¿Oyes esto hija mía?

D. CÓMODO.

Su hija de usted puede quedarse conmigo, mientras que usted despacha su comisión.

D.^{ca} JUANITA.

Dios me libre.

D. VICENTE. (*Aparte*)

No sé qué haga.

D. CÓMODO.

¿En qué quedamos? ¿toma usted la carta?

ESCENA VI.

DOÑA DAMIANA y *dichos*.

D.^{ca} DAMIANA.

¡Ay! ¡Estas escaleras me revientan! Dios me perdone; pero muy mal gusto tuvo quien puso la primer bodega debajo de tierra.

D. VICENTE.

Doña Damiana . . .

D.^{ca} DAMIANA.

¡Qué miro; es el amo!

D. CÓMODO.

¡Qué está usted diciendo, mujer de Dios!

D.^{ca} DAMIANA.

Que es mi amo el señor don Vicente y mi señorita, y . . . ¿cuándo han llegado ustedes? ¿por donde han entrado?

D.^{ca} JUANITA.

Hemos llegado hace cinco minutos.

D. VICENTE.

Y hemos entrado por la puerta de la calle que encontramos abierta.

D. CÓMODO.

¡Su amo! conque según eso, usted es . . . tú eres . . .

D.^{ca} DAMIANA.

Su amigo de usted: ¿a hora salimos con esa?

D. VICENTE.

¡Mi amigo!

D. CÓMODO.

¡Voto va chápiro! Vicente de mi vida, dame los brazos . . . soy Cómodo . . .

D. VICENTE.

Ya se conoce!

D. CÓMODO.

El amigo, el compañero de tus primeros años, tu camarada de colegio, y de cuarto, y de clase y de . . . ¿cómo has crecido hombre! quién te había de conocer.

D. VICENTE.

Pues ya ha llovido desde que dejé de hacerlo.

D. CÓMODO.

Mas no por eso me he olvidado de tí, y . . . ya lo ves, vengo á verte y á cumplirte mi promesa y . . . antes de todo, ¿quieres tomar un bocado?

D. VICENTE.

Sí; pero . . .

D. CÓMODO.

Chico, con franqueza, ¿quieres?

D. VICENTE.

Aunque no me falta apetito, sin embargo . . .

D. CÓMODO.

¿Tienes apetito y te vienes con disculpas? ¡Vaya, hombre! No faltaba otra cosa . . . y había yo de

consentir en que... D.^a Damiana, disponga usted que inmediatamente se añada alguna bagatela á lo que no esté ya comido, para que estos señores... ¿que hambre traerás, eh?... como que no hay digestivo mejor que una tartana; pero no tengas cuidado, que aunque nos coges á media comida, todavía te podemos ofrecer la cabeza de un cabrito que estaba excelente y el caparazón de una polla y... no sé si habrá quedado empanada... en fin, pan blanco y vino añejo, no te faltará; ¡pero qué vino! ¡si vieras, Vicente, qué bueno dicen que es!

D. VICENTE.

Sí; ya tengo algunas noticias de lo mismo. ¡Dios mío! ¿quién será este hombre?

D. CÓMODO.

Y aquí no se escasea; nada menos que eso; seis botellas ha subido D.^a Damiana, y si fuese necesario subirá sesenta; conque así... ¿se despacha usted y se hace lo que la he dicho, ó ¿no lo hace?

D.^a DAMIANA

Sí, señor, diré á Martina que fría unas magras, ó que haga una tortilla.

ESCENA VII.

Dichos, menos D.^a DAMIANA.

D. CÓMODO.

¡Por vida de Sanes! ¡El bueno de Vicente! ¡Cuánto gusto tengo!.....

D. VICENTE.

No sería menor el mío, si pudiera traer á la memoria.....

D. CÓMODO.

¡Qué! ¿no te acuerdas de mí?

D. VICENTE.

No por cierto.

D. CÓMODO.

Con que no te acuerdas de Cómodo, de tu discípulo en los Esculapios de arriba, de aquel con quien jugabas á la pelota, al toro, á los soldados.....

D. VICENTE

Bien me acuerdo de los Esculapios de arriba, pero he jugado con tantos al toro, y á los soldados.....

D. CÓMODO.

De aquel que se servía siempre de tu cortaplumas y de tu calepino para no echar á perder los suyos; que llegaba á la clase media hora después que tú; que saltaba por encima de tus piernas para ir á su asiento; que.....

D. VICENTE.

¿Y que cuando me descuidaba se comía mi merienda?

D. CÓMODO.

El mismo.

D. VICENTE.

¡Cómo! ¿es usted!

D. CÓMODO.

Precisamente. Ya sabía yo que al cabo te habías de acordar de.....con todo, mi memoria es mucho mejor que la tuya, y no he olvidado ni el nombre ni las facciones de cuantos han estado conmigo en el colegio: así no los he perdido jamás de vista.....y te juro que desde que llegué de América no se ha pasado día en que visite á alguno de ellos, y coma en su casa, ó cene, ó duerma..... hoy te ha tocado á tí la vez; pero no creas que te confundo con los demás.... porque destino una larga temporada.

D. VICENTE

No se incomode usted.....

D. CÓMODO.

¡Incomodarme en tu casa! Pues si estoy mejor que en la mía, ¿cómo quieres.....? Mira, me he puesto tu bata y tu gorro.

D. VICENTE.

Me alegro infinito que cosa que me pertenece, pueda haberos sido útil.

D. CÓMODO.

Habrá tantas con quienes sucederá lo mismo... pero ¿sabes lo que digo? ¡que tienes una hija muy bonita!

D.^{ca} JUANITA.

Muchas gracias, caballero,

D. VICENTE.

Es un vivo retrato de su madre.

D. CÓMODO

Entonces también me hubiera gustado tu mujer.

D. VICENTE.

¡Qué fortuna!

D. CÓMODO.

¿Y esta chica no se casa?

D. VICENTE.

Sí, con el tiempo....

D. CÓMODO.

Te advierto que la traigo un novio que la conviene por todos estilos.

D.^{ca} JUANITA.

¡Jesús, qué disparate!

D. VICENTE.

¡Vamos este hombre ha perdido la chaveta!
Aparte.

D. CÓMODO.

Y será fuerza que los casemos al instante, ¿no te parece que digo bien?

D. VICENTE.

No señor; mi hija está ya comprometida y mi palabra empeñada.

D. CÓMODO.

También lo está la mía, y cuando medía un amigo como yo....

ESCENA VIII.

DOÑA DAMIANA y *dichos*.

D.^{ca} DAMIANA.

El señor don Frutos se desespera porque dice que la comida se enfría y podían ustedes empezar por lo que está sobre la mesa, entretanto que se dispone el resto.

D. VICENTE.

¡Don Frutos! pues qué acaso....

D. CÓMODO.

Le convidé para que me acompañase.

D. VICENTE.

Ya; le conocía usted sin duda, y....

D. CÓMODO.

No por cierto; pero no es preciso conocer á una persona para convidarla.

D.^{ca} DAMIANA.

Si su merced quiere ponerse á la fresca y comer desahogado, el señor don Cómodo le prestará por un ratito su bata de usted y su gorro: ¿no es verdad?

D. CÓMODO.

Con mucho gusto, qué inconveniente puedo ya tener.

D. VICENTE.

Muchas gracias; estoy bien así.

D. CÓMODO.

Y yo también, pero en tu obsequio....

D. VICENTE.

Digo que no quiero.

D. CÓMODO.

Pues á lo menos quítate la casaca y ponte en mangas de camisa.

D. VICENTE.

¿Usted me lo permite?

D. CÓMODO.

Sin duda.

D. VICENTE.

¡Qué bondad!

D. CÓMODO.

Conmigo siempre tienes cumplidos: así creeme y éntrate al comedor, que yo no tardaré en seguirte, luego que dé algunas órdenes á tus criados.

D. VICENTE.

Vamos, hija, obedezcamos al señor; ya que se toma la molestia de gobernar nuestra casa.

D.^{ca} JUANITA.

Pero papá....

D. VICENTE.

Calla y no digas nada; pues ni yo mismo sé por qué tengo tanta paciencia. *Aparte*.

ESCENA IX.

Dichos, menos D. VICENTE y DOÑA DAMIANA.

D. CÓMODO.

¿Y usted qué hace?

D.^a JUANITA.

Retirarme á mi cuarto.

D. CÓMODO.

¡Qué! ¿no quiere usted favorecerme en la mesa con su amable presencia?

D.^a JUANITA.

Como almorcé en el camino, me encuentro sin ningún apetito y con más necesidad de descansar que de comer.

D. CÓMODO.

Pues á mí me hacen falta ambas cosas: desde que llegué estoy hecho un haragán, y le aseguro á usted que si esto dura mucho... con todo, lo doy por bien empleado, que al fin y al cabo se trata de su bienestar de usted.

D.^a JUANITA.

¡De mi bienestar!

D. CÓMODO.

O de su mal estar, porque una boda es una arca cerrada y no se puede decir lo que contiene hasta que se abre y se registra... pero ello es preciso y todas las mujeres que se casan tienen

que pasar por este inconveniente, y... como ha de ser; peor sería quedarse soltera y no vadear el río por miedo de ahogarse.

D.^a JUANITA.

Dice usted muy bien, mas no alcanzo...

D. CÓMODO.

¿Olvidó usted que le traigo un novio?

D.^a JUANITA.

Creí que era una chanza, y...

D. CÓMODO.

¡Chanza!

D.^a JUANITA.

Sí señor, y lo mismo habrá creído mi padre.

D. CÓMODO.

Pues á fe que el asunto es poco serio para andarse con bromitas: no señora, el novio que la traigo á usted desde Alicante es de carne y de hueso, y como debe de ser todo novio: ¿me entiende usted ah ora?

D.^a JUANITA.

Sí señor.

D. CÓMODO.

¿Y qué responde usted?

D.^a JUANITA.

Que ha hecho usted muy mal.

D. CÓMODO.

¿Lo quería usted de cartón?

D.^{ca} JUANITA.

No por cierto; pero no lo quiero tampoco como usted me lo trae.

D. CÓMODO.

¡Cáspita! ¡y qué mujer tan difícil!

D.^{ca} JUANITA.

Me cree usted con tanta prisa por casarme que....

D. CÓMODO.

La misma creo en usted que he visto en todas.

D.^{ca} JUANITA.

No hay regla sin excepción, y en mí se patentiza sin duda la verdad de este refrán; porque estoy muy contenta con mi estado de soltera, y no pienso abandonarlo con tanta facilidad.

D. CÓMODO.

Cuando usted oiga el nombre de su futuro....

D.^{ca} JUANITA.

Vana esperanza, señor mío, nunca consulté con el calendario semejantes materias.

D. CÓMODO.

No digo yo que á usted le gusten los Roques más que los Toribios; lo que sí creo y aseguro es que cederá de su porfía cuando sepa que el susodicho se llama....

D.^{ca} JUANITA.

Repito que nada me interesa, ni su nombre ni su persona.

D. CÓMODO.

Señorita....

D.^{ca} JUANITA.

Es en vano, y por lo tanto me tomo la libertad de suplicar á usted desista de su proyectado enlace, porque nunca se verificará.

D. CÓMODO.

¿Nunca? ¿Está usted bien persuadida de lo que asegura?

D.^{ca} JUANITA.

Sí señor, y si fuere necesaaio lo juraré y....

D. CÓMODO.

Y después de jurar y de perjurar se casará usted; pues lo tengo así decidido.

D.^{ca} JUANITA.

No basta su determinación de usted....

D. CÓMODO.

Basta y sobra, sí señora, y en prueba de ello voy á buscar yo mismo al escribano.

D.^{ca} JUANITA.

¿Para que extienda mi contrato?

D. CÓMODO.

Justamente.

D.^{ca} JUANITA.

¿Supongo que el dichoso será su protegido de usted?

D. CÓMODO.

O á lo menos será el paciente.

D.^{ca} JUANITA.

Vaya, vaya, usted desbarra.

D. CÓMODO.

Ahora lo veremos.... donde diablos habrán puesto mi levita....! Ola, Francisco, Martina; pero estarán sirviendo á la mesa, y no me oirán, aunque me desgañite.... más vale que yo la busque.

D.^{ca} JUANITA.

Mucho sentiré que este contratiempo paralice sus buenos deseos de usted.

D. CÓMODO.

Brava dificultad, si no parece mi levita, saldré á la calle en bata y gorro, no creo que haya práctica alguna que me lo impida.... pero aquí hay un armario.... y está abierto.... y tiene ropa de color.

D.^{ca} JUANITA.

Es la de papá; no la revuelva usted.

D. CÓMODO.

Nada me sirve de cuanto voy encontrando; botines usados, chupas refundidas, calzones remendados ... lindas prendas para sacarme del apuro.

D.^{ca} JUANITA.

Pero hombre....

D. CÓMODO.

¡Ola! un envoltorio.... ¿qué será esto?

D.^{ca} JUANITA.

Quizá el vestido nuevo que le acaban de traer de Valencia.

D. CÓMODO.

Es verdad, ¡y está flamante!.... pues señor ya tengo vestido.

D.^{ca} JUANITA.

No, no se ponga usted ese, que ya le buscaré el suyo y....

D. CÓMODO.

¿Para qué? este me viene pintado.

D.^{ca} JUANITA.

¡Jesús! cómo llueve; pobre vestido!

D. CÓMODO.

Así se le quitará el lustre.

D.^{ca} JUANITA.

¿Y si se echa á perder?

D. CÓMODO.

Ganancia para el sastre; á los pies de usted señorita, pronto vuelvo.

ESCENA X.

DON TEODORO y dichos.

D. TEODORO.

¿Donde vá usted, amigo mío con tanta precipitación?

D. CÓMODO.

A correr medio pueblo, para que se case usted en esta misma noche.

Doña JUANITA

¡Que miro! ¡el és! *Aparte.*

D. CÓMODO.

Es increíble lo que me ha hecho usted trabajar.

D. TEODORO.

¿Según eso, ya no hay dificultades?

D. CÓMODO.

Ninguna.

D.ª JUANITA.

No, no me equivoco; es mi Teodoro, *Aparte.*

D. TEODORO.

¿Y don Vicente, qué dijo?

D. CÓMODO.

Que su palabra está comprometida.

D. TEODORO.

¿En mi favor?

D. CÓMODO.

No señor, en favor de no sé quién; pero....

D. TEODORO.

Pero qué....

D. CÓMODO.

Pero usted tiene la mía empeñada en el suyo, y puede estar tranquilo.

D. TEODORO.

No hay duda que estoy adelantado.

D.ª JUANITA.

Qué hablará con don Cómodo ... Si acaso será el novio por quien se interesa. *Aparte.*

D. TEODORO.

Supongo que Juanita sabrá ya....

D. CÓMODO.

Lo sabe todo; excepto su nombre de usted.

D. TEODORO.

¿Pues á cuándo espera usted para decírselo?

D. CÓMODO.

No he tenido tiempo para tanto; y luego la niña es tan poco curiosa..... con todo, ahí la tiene usted, y puede.....

D. TEODORO.

¿Donde dice usted, que está?

D. CÓMODO.

Allí.

D. TEODORO.

¡Juanita!

D.ª JUANITA.

¡Teodoro! ¿usted en San Felipe?

D. CÓMODO.

¡Ola señorita! parece que aunque usted no consulta con el calendario semejantes materias, tiene sin embargo más devoción á este santo que á los otros.

D.ª JUANITA.

Podía yo adivinar....

D. CÓMODO.

También es cierto: eso de adivinar se queda pa-

ra los jugadores de manos, quienes á favor de su varita de virtudes hacen de lo blanco negro. Así, supuesto que ni usted ni don Teodoro poseen semejante ciencia, bueno será que no desperdicien el tiempo y se digan lo que no saben, en tanto que yo continúo mi camino.

D. TEODORO.

Advierta usted que llueve á cántaros.

D. CÓMODO.

El agua no rompe costillas.

D. TEODORO.

Sí, pero las moja, y....

ESCENA XI.

DOÑA JUANITA Y DON TEODORO.

D.ª JUANITA.

Ya se fué, ¿ha visto usted en su vida carácter más extraordinario?

D. TEODORO.

No hay duda que don Cómodo es un original sin copia; pero también es preciso confesar que su bondad, su franqueza, y las nobles prendas que adornan su alma pura y generosa, compensan en demasía las rarezas de su genio y su ninguna experiencia. Si viera usted Juanita mía con qué calor, con qué desinterés ha abrazado nuestra desesperada causa.... si conociera usted sus ideas, sus proyectos.....

D.ª JUANITA.

¡Ah, y cuán injusta he sido! Creerá usted que me burlaba de las unas y pensaba inutilizar los otros con porfiada resistencia?

D. TEODORO.

¿Y ahora?

D.ª JUANITA.

Ahora... duda usted siquiera de cuáles pueden ser mis deseos, después que le he vuelto á ver?

D. TEODORO.

No por cierto; me ha dado usted tales pruebas de su amor en Valencia, de su constancia en nuestra prolongada separación, que sería indisculpable la menor desconfianza de mi parte; pero podré esperar acaso que nuestro mutuo afecto, ayudado de la amistad que une á su padre de usted con don Cómodo, serán suficientes para....

D.ª JUANITA

¡Pues si apenas se conocen!

D. TEODORO.

¡Cómo!

D.ª JUANITA.

Verdad es que se educaron juntos en un mismo colegio, mas luego se separaron y....

D. TEODORO.

Ya lo sé, pero don Cómodo se lisongeaba con la dulce esperanza de encontrar en su antiguo condiscípulo los mismos sentimientos que le supo inspirar en sus primeros años.

D.^{ca} JUANITA.

Castillos en el aire, que la realidad ha desvanecido.

D. TEODORO.

Sus palabras de usted me indican demasiado; así ya no dudo que la entrevista sería....

D.^{ca} JUANITA.

Agarapiñada.

D. TEODORO.

Entonces su papá de usted habrá manifestado su descontento, y no sé cómo don Cómodo no lo ha conocido.

D.^{ca} JUANITA.

Papá no ha podido todavía manifestar nada porque su sorpresa y su aturdimiento se lo han impedido; se encontró como llovido, con un amigo á quien no conocía, que sin avisarle ni contar con él, disponía y mangoneaba en su casa; y la extravagancia de esta misma conducta, aunque paralizó momentaneamente su mal humor habitual, me anuncia que muy pronto se desquitará y quizá á nuestra costa.

D. TEODORO.

¿Qué partido debemos pues abrazar?

D.^{ca} JUANITA.

Lo ignoro.

D. TEODORO.

Y ese don Frutos de quien me habló usted en su

último carta, ¿persiste todavía en su desatinado proyecto?

D.^{ca} JUANITA.

Ahora más que nunca: ya tenemos en casa los trajes y las galas para la boda.

D. TEODORO.

¿Qué dice usted!

D.^{ca} JUANITA.

Que ayer los compramos en Valencia y... buenas lágrimas me costaron los dichosos trajes.

D. TEODORO.

¡Pobrecita!

D.^{ca} JUANITA.

Ello no hay duda que son preciosos, porque aquella modista catalana que vive detrás de la catedral, tiene unas manos.... pero qué importa si han de servir sólo para solemnizar mi sacrificio.... uno con particularidad me gusta tanto! es de punto inglés con viso pitacho, y con unas guardaciones á bollos.... ¡ay triste de mí, no son malos bollos los que á mí me esperan.

D. TEODORO.

¿Y usted se dejará sacrificar? ¿y sufrirá usted en silencio y con resignación que su padre de usted exponga vuestra dicha por satisfacer su propia avaricia?

D.^{ca} JUANITA.

¿Y qué puedo yo hacer?

D. TEODORO.

Hablarle claro, manifestarle vuestra repugnancia, el estado de vuestro corazón, vuestra voluntad....

D.^{ca} JUANITA.

¿La tuve nunca para mi padre? ¿ha indagado alguna vez mis gustos, mis inclinaciones? ¿ha dudado siquiera de que mis deseos puedan ser otros que los suyos? Ah; no, jamás lo ha hecho: celoso de una autoridad cuyos límites desconoce, creería comprometerla si se humillaba hasta el punto de consultar con su hija, lo que le era tan fácil ordenarla.

D. TEODORO.

¿Así se abusa de las leyes protectoras de la naturaleza! ¿qué más haría un tirano?

D.^{ca} JUANITA.

No culpemos su corazón; ¿existe acaso un padre que no quiera la felicidad de sus hijos?

D. TEODORO.

Entonces, ¿por qué la arriesgan tantas y tantas veces?

D.^{ca} JUANITA.

Porque se engañan en los medios; porque interpretan esas mismas leyes con que la naturaleza los autoriza; porque juzgan del corazón ajeno por el suyo, y porque hacen consentir nuestra dicha en lo mismo que los haría felices, como si fuera uno sólo el camino de aquella.

D. TEODORO.

Pero lo cierto es que don Vicente dispone de su

mano de usted, y que mi llegada á San Felipe no servirá de otra cosa sino de hacerme testigo de de mi propia desventura?

D.^{ca} JUANITA.

No desmayemos amigo mío: quién sabe si algún incidente afortunado.... ¿por qué no habla usted con mi padre?

D. TEODORO.

Si soy pobre, si no puede ofrecer sino un corazón amante y sencillo, ¿qué ventajas puedo esperar de esta determinación? Ya le dije á usted cuando nos conocimos, que era huérfano; que dependía enteramente de un tío, que seguía el comercio en Alicante; y que á su lado y con el tiempo.... pero el tal don Frutos es tan rico, y don Vicente tiene un deseo de salir de usted, que....

D.^{ca} JUANITA.

En fin, veamos lo que hace don Cómodo: quizá la frialdad con que le ha recibido mi padre no sea tanta como nos ha perecido.... á veces un momento de mal humor, una sorpresa.... luego las primeras impresiones se borran tan fácilmente....

ESCENA XII.

FRANCISCO *con un lío de ropa y dichos.*

FRANCISCO.

Mal haya amén semejantes protectores.

D.^{ca} JUANITA.

Qué es eso Francisco, donde vas con ese lío de ropa.